

mientos bruscos del tren, contemplaban el panorama encantador que ofrecía á nuestra vista la tierra caliente, y entusiasmadas conversaban alegremente con el Dr. Altamirano, manifestando á cada paso con nosotros las sencillas expansiones de su corazón. Todo era admiración, todo era júbilo y á cada momento las exclamaciones de ¡qué hermoso! ¡qué bonito! nos anunciaban que algún platanar, algún campo de caña ó alguna hacienda se presentaba á nuestra vista. Así transcurrió el tiempo hasta que llegamos á Tlaltizapán, en donde otra multitud de gente esperaba el tren para agregarse á la que ya venía en él. No muy agradable se presentó á nuestra vista el pueblo de Tlaltizapán, pues sólo pudimos ver jacales mal formados y diseminados sin orden; la multitud llenaba la pequeña plazuela que se ha formado donde para el ferrocarril: unos para embarcarse y otros con el sólo objeto de verlo llegar y partir, pues acaso es la única diversión que tienen en dicho lugar. Contemplábamos aquel cuadro, cuando nos llamó la atención un hombre que sentado muellemente sobre unas piedras con ademán de indolencia, fumaba un enorme puro sin preocuparse por lo que pasaba en su derredor y sólo echando de tiempo en tiempo bocanadas de humo; luego que nos fijamos en él pudimos notar con horror que tenía toda la piel manchada de azul, como si se la hubieran quemado con pólvora, y cuál sería nuestra admiración cuando advertimos que en medio de aquella multitud no era el único individuo con aquel defecto, sino que otros muchos, entre los que había mujeres y niños, tenían la cara y las manos igualmente manchadas. No pudimos menos de llamarle la atención al doctor, el que nos dijo que en aquel punto es precisamente donde comienza el *mal del pinto*; que á todos aquellos individuos les llaman *pintos*, y que no sólo tienen la cara y las manos manchadas, sino todo el cuerpo; siendo este mal al parecer hereditario, pues pasa de los padres á los hijos y que igualmente se puede adquirir por contagio, creyendo algunas personas que basta beber agua en la vasija donde ha bebido un *pinto* para que se transmita la enfermedad. Por lo demás, los indígenas que tienen este

defecto, parece que no comprenden su desgracia ni la repugnancia que inspiran, pues generalmente son los más altivos y los más altaneros, distinguiéndose entre los demás por su mollicie y altivez.

Ya desde este punto, por cada uno de los pueblitos que pasábamos veíamos algunos *pintos*, y el doctor nos llamaba la atención sobre la coincidencia que se nota entre la existencia de este mal y la naturaleza del terreno; pues generalmente donde el terreno es calizo y las aguas tienen un color verdoso y una limpidez particular, es donde comienzan á presentarse. Poco tiempo pudimos seguir en observación, pues el sol se ocultó tras las montañas del Poniente, y sólo en las pequeñas poblaciones que todavía tocó el tren, podíamos notar la multitud que venía á aumentar la ya compacta aglomeración que literalmente llenaba cuanto coche llevaba el tren, al grado de que poco antes de que llegáramos á Jojutla, vino á nosotros el conductor, sudando y jadeante por las fatigas y trabajos que le había costado recoger los boletos á todas aquellas gentes.

En Jojutla, cabecera del Distrito de Juárez.

Llegamos á Jojutla á las 6<sup>h</sup> 15<sup>m</sup> pm.; estaba la estación literalmente llena por la multitud que esperaba el tren, multitud que aumentó con los ríos de gente que bajaba de los furgones y plataformas que en todo el trayecto habían recogido numerosa concurrencia para la feria que se celebra en esta población en los primeros ocho días de cada año. Era tal el gentío que todos de común acuerdo determinamos quedarnos en el tren hasta que se desahogara un poco; así estuvimos esperando como media hora, cuando comenzó la máquina á hacer movimientos para formar el convoy que debía salir el día siguiente y colocar nuestro coche en el límite de la vía. Ya sea porque teníamos deseo de bajar, ó porque deseábamos ver los movimientos, casi todos nos agolpamos á las plataformas donde á falta de otra

cosa comenzamos á contemplar el cielo, procurando reconocer algunas de las constelaciones visibles, lo que nos sirvió para orientarnos y formarnos idea de la situación del lugar; por fin, después de mucho esperar comenzaron algunos compañeros á irse y poco á poco y por grupos nos fuimos encaminando á la población que está como á un kilómetro de la estación. La idea predominante en todos era cenar, así es que inmediatamente nos internamos en la población, mezclándonos con la multitud que llenaba las calles; á medida que nos acercábamos á la plaza central aumentaba más y más la gente, al grado que tuvimos que separarnos, quedando sólo grupos de tres ó cuatro personas. Por fin, llegamos á la plaza; estaba ésta llena de vendimias y tiendas ambulantes, entre las que había fondas, mercerías, carnicerías, ropa, y en fin, una mezcla, que se podía considerar todo aquello como un bazar universal, entre el cual apenas se movía una multitud compacta de indios que sin dirección fija iban y venían al rededor del atrio de la parroquia donde estaba situada una murga. Diversa suerte corrieron los compañeros, pues unos encontraron que cenar y otros no, ó muy caro; tres de nosotros nos dirigimos á una accesoria en cuya puerta había un letrero que decía *Fonda y Café*. Desde la entrada comprendimos que no había mucho que esperar, pues las sillas estaban colocadas sobre la mesa, todo lo demás en desorden y en uno de los rincones dos personas dormidas y acurrucadas bajo sus ropas de noche; no obstante, gracias á la exigua luz que daba una candelija de aceite, vimos en el fondo una puertecita por la que se asomaba una muchacha reehoncha que con voz de sueño nos dijo: pasen ustedes. Esto nos obligó á entrar, pues de otra suerte apenas nos asomamos hubiéramos retrocedido. Preguntamos si había algo que cenar, y después de haber esperado mucho tiempo la respuesta, nos fueron diciendo que todo se había acabado; insistimos y después de varias preguntas y respuestas, fueron resultando con que podrían darnos unos huevitos y unos frijolitos. El apetito que llevábamos no nos permitía escoger, de suerte que acto continuo bajamos las sillas de la mesa y nos

colocamos uno frente á otro y el tercero en la cabecera. Mucho tardaron en venir los huevitos, pero al fin después de algunas carreras de la criada para la calle y de oír chillar la manteca en la cazuela, vinieron los consabidos huevos, uno para cada uno, que los hicimos desaparecer de tres bocados, acompañados de pan que seguramente tenía muchos días, pues estaba como una piedra; trajeron después unos frijoles que más bien parecían mayates en plato; pero que corrieron la misma suerte que el primer platillo, desapareciendo en un santiamén; no nos faltó cerveza, de suerte que un poco resignados más que satisfechos concluimos nuestra exigua cena, y ya nos disponíamos á partir, para lo cual preguntamos cuánto era lo que debíamos; cuál sería nuestro asombro al decirnos la criada que nos había servido que debíamos un peso cada uno; inmediatamente protestamos, pero todo fue inútil, hasta que al fin nos resolvimos á pagar 18 reales por los tres; habiendo quedado en que la vieja nos hacía una rebajita por puro favor. Durante la cena un viejo de unos 60 años que estaba dormido en un rincón, se enderezó y comenzó á trabar plática con nosotros, ofreciéndonos entre otras muchas cosas, que al día siguiente nos servirían un buen desayuno; por supuesto que después de haber salido de allí no sólo no nos acordamos en volver, sino procuramos encontrar á nuestros compañeros para referirles lo que nos había pasado y que no fueran á caer como nosotros en aquel desplumadero.

Poco nos paseamos después de cenar, pues era muy molesto andar entre aquella bola de indios; así es que poco á poco nos retiramos y llegamos á la estación con intenciones de acostarnos en el wagón donde habíamos venido; pero no fué posible porque ya la mayor parte de los compañeros habían dispuesto sus camas, formándolas con los cojines de los asientos, de manera que cuatro resolvimos irnos á dormir á otro coche. No bien habíamos comenzado á buscar un rincón, cuando se nos presentó el guarda-estación con su linterna en la mano, diciéndonos que tenía orden de cerrar los coches y no dejar que ninguno entrara en ellos; pero en estas y las otras le deslizamos un tos-

tón en la mano y cómo por encanto cambió el hombre, al grado de que no sólo no nos dijo más, sino que él mismo anduvo arreglando para que durmiéramos de la mejor manera posible. Era digna de verse la cama en que transformó cuatro asientos del coche de primera; quedó con colchón, almohada y hasta pabellón se le hubiera podido poner; en ella se acostó muy ufano el Dr. Govantes, no sin antes habernos hecho tomar un trago á la salud de su magnífica cama. Tres ó cuatro nos fuimos al coche de segunda y allí armamos nuestros catres de campaña, durmiendo los otros sobre las bancas, y por último, el Dr. Altamirano y su familia quedaron regularmente instalados en un furgón. En resumen, convertimos el tren en nuestro dormitorio.

Eran las doce de la noche cuando nos acostamos á dormir, sin desvertirnos; y apenas comenzaba á querer venir el sueño cuando oímos una voz que por fuera llamaba, pues habíamos tenido la precaución de atrancar las puertas del coche; pero la persona que llamaba no esperó que le abriéramos, sino que de un fuerte empujón abrió la puerta y entró diciendo ¡ah! ¡ah! como que le causaba admiración el que estuviéramos allí acostados; entonces uno de nosotros se incorporó y gritó: ¿quién vive? el viejo Uribe, respondió el intruso, que era nada menos que el conductor. ¿Qué tal, señores, nos dijo después, aquí van á pasar la noche? Sí señor, contestamos; pues vaya, les haré compañía; pero antes de dormir acostumbro fumar un cigarro y charlar un poco; pues á las órdenes de vd., contestamos, y étenos aquí á la una y media y en agradable conversación, para el conductor, porque á nosotros se nos cerraban los ojos y se nos doblaba el cuerpo. No fué mejor la noche que pasaron en el wagón especial los demás compañeros, pues la mayor parte durmieron encogidos ó en posturas incómodas.

Casi todos nosotros, cansados como estábamos, desvelados y mal cenados, después de cambiar mil posturas en los asientos incómodos, comenzamos en las horas de la madrugada á cerrar los ojos; bien sabido es lo delicioso que es ese sueño de la ma-

drugada cuando se siente que se duerme y cuando algunos ensueños comienzan á germinar en nuestro cerebro para presentarnos visiones que generalmente nos son agradables. Estábamos la mayor parte saboreando ese estado, cuando un vigoroso y prolongado silbido dado por la locomotora nos hizo abrir á todos desmesuradamente los ojos, creyendo que ya era la hora de marchar y no eran sino las cuatro de la mañana; media hora después comenzó á llegar la gente que se iba en el tren tratando de instalarse desde luego en los mejores lugares; de manera que los que habían dormido fuera del coche especial, desde aquel momento tuvieron que emigrar de sus alcobas improvisadas y ceder el puesto, mal de su agrado, á la muchedumbre que ya invadía las plataformas.

Espléndida madrugada, un ambiente fresco y sereno, colores vivísimos de púrpura que difundiéndose lentamente desde el Oriente, iban disipando las tinieblas de la noche, haciendo desaparecer paulatinamente los luceros, hasta que el sol radiante apareció tras las montañas del Oriente; ni un sólo vapor que enturbiara la luz, ni una sola nubecilla que evitara á sus rayos dispersarse llenando todo el horizonte; todo se iluminó y se presentó de lleno á nuestras miradas, pudiendo entonces contemplar la situación y el conjunto de lo que se podría llamar Valle de Jojutla. Por el Oriente veíamos en primer término los cerros de Jojutla y Tlaquiltenango, cubiertos de exigua vegetación que deja descubiertos grandes tramos donde se ve blanquear las rocas calizas de que están constituidos; más allá y sirviendo como de fondo por el NE., de color azulado que se confunde con el del cielo, se levanta majestuosa la mole cónica del Popocatepetl, que desde estos lugares se ve más agudo y casi terminando en punta. Por el Poniente estaba perfectamente iluminado el cerro de San Nicolás y de Tetelpa, seguidos de extensos lomeríos que se pierden poco á poco hasta llegar á los confines azules donde apenas se distingue la masa irregular y de bordes recortados del Nevado de Toluca; muy grata impresión nos causó tener á la vista los dos grandes volcanes de

la mesa central, pues era la primera ocasión que los veíamos á la vez. Por el Sur apenas se distingue entre la arboleda de la población y allá muy lejos, perdiéndose en lontananza, la Sierra del Sur, al pie de la cual corre el Amacusac; y por último, al Norte, los cerros irregulares que forman en esta dirección las últimas dependencias del Ajusco.

Entre los cerros de Jojutla y de San Nicolás, corren dos ríos, uno que lleva el nombre de Tlaquiltenango, y el otro de Apatlaco, encontrándose la población entre ambos, y como á una legua más al Sur se reúnen en uno sólo llamado Tlateuchi, para después correr juntos hasta reunirse al Amacusac. Estábamos en estas reflexiones geográficas y otras consideraciones, cuando la voz del Dr. Toussaint vino á sacarnos de ellas, recordándonos que teníamos que desayunarnos y después tratar de conseguir los caballos, pues hasta aquellos momentos no había nada arreglado sobre las bestias que nos debían conducir.

Poco á poco nos dirigimos á la población, distrayéndonos con los chifidos de unos pájaros negros que revoloteaban en pequeños grupos por entre el follaje, que mientras están parados en los árboles no cesan de cantar; cerca de donde nosotros pasamos había dos: uno de ellos parecía decir *Luis, Luis*, y su vecino le contestaba *bien te veo*; comenzaba el primero otra vez *Jesús, Jesús*; *bien te veo* volvía á repetir su compañero; aun cuando ya nos son conocidas estas aves, pues las hemos visto mucho en el interior, no pudimos menos que preguntarle al Sr. Herrera qué clase de animales eran esos. Esas aves, nos dijo el Sr. Herrera, componiéndose su bigote y viendo al suelo, pertenecen á la familia de los Cuclillos, género *Crotófaga* y especie *Sulcirostris*; se llama *Crotófaga* porque se come las garrapatas, para lo cual tiene un pico conformado de una manera especial para peinar el pelo del ganado y alimentarse de los parásitos dichos. Íbamos á dar las gracias á dicho señor por sus datos zoológicos sobre las aves citadas, cuando se presentó delante de nosotros la simpática figura del Dr. Govantes, que con las manos en los bolsillos y riéndose de sólo vernos nos dice: ¿qué les

parezco á vdes.? me ha costado un real y esto es lo mejor para el sol; todo esto nos lo decía señalándonos un sombrero de paja que acababa de comprar y sobre el cual traía encimado el que le sirvió para el tren. Le pedimos su sombrero y después de haberlo visto por todos lados como para reconocer su clase, le preguntamos ¿con que un real? sí señores, un real y nada más que un real: vean vdes. al mayor que también acaba de comprar el suyo y le costó lo mismo. En efecto, allí junto al Dr. Govantes estaba el Sr. Valle, que es al que le dicen *Mayor*, muy serio, con una blusa de dril muy larga y mostrándonos su compra, á la vez que nos daba los buenos días; decidimos comprar también para nosotros unos sombreros, pero antes de irlos á buscar entramos en una fonda de la plaza donde nos dieron un buen café y buena leche por sólo un real.

Casi todos fuimos á la misma fonda, pues allí nos reunimos la mayor parte, circunstancia que aprovechó el Dr. Altamirano para decirnos que nos disemináramos á buscar caballos por varias partes y que á las once nos reuniéramos para dar cuenta de lo que hubiéramos conseguido. Todos, pues, nos fuimos por distinto rumbo, quién procurándose uno ó dos caballos para sí, quién diez ó doce para los demás; pero no sabemos cómo ó por qué circunstancia á cada uno de nosotros nos despacharon con una misma persona; de manera que después de mucho andar, de ir y venir, de preguntar y volver á preguntar, nos encontramos reunidos en la casa de un Sr. Rebollar, que luego que vió la urgencia con que insistíamos y los muchos caballos que necesitábamos, no dejó de hacerse del rogar y poner los precios que quiso. Recuerdo que llegamos dos de nosotros á la puerta que cierra la cerca en medio de la cual está la casa que buscábamos, y preguntamos: ¿esta es casa del Sr. Rebollar? no señores, nos responde muy espacio y como de mala gana un ensarapado que con mucha flojera apenas se movía del lugar en que estaba medio echado; ¿y dónde lo podremos encontrar? ¿pues pa qué lo querían? queremos saber si nos puede alquilar unos caballos; ¡ah! pues espérese un poco, le voy á hablar. En

efecto, esperamos un buen rato y á poco salió del mismo jacal el Sr. Rebollar, diciéndonos con muy buenas maneras: yo no tengo más de seis animales; acabaron de venir unos señores y me tomaron dos; vinieron otros y no nos arreglamos.

¡Ah! pues esos señores son de nosotros mismos, formamos una sola caravana; de manera que si vd. quiere, con nosotros puede arreglarse de sus seis animales y otros que nos consiga; necesitamos cuando menos veinte bestias y cuatro mulas de carga; si vd. no las tiene, consígalas con sus amigos del pueblo y eso más puede ganar. Parece que con esas palabras le despertamos la codicia, pues nos dijo después de pensar un rato y de peinarse las barbas con las uñas: *bueno, señores, yo les consigo caballos; pero me pagan vdes. á doce reales diarios y me dan adelantado el importe por los días que los han de ocupar.* Poco discutimos ya sobre eso y entonces el Dr. Altamirano nos comisionó para recoger de cada uno de los excursionistas el importe de sus cabalgaduras.

Una vez cerrado el contrato, cada uno comenzó á hacer recomendaciones para que escogieran su caballo; quién decía que fuera manso, otro que fuera de freno, cuál otro que le pusieran buenos estribos, en fin, una serie de condiciones, á las cuales Rebollar un poco atarantado nada más decía moviendo la cabeza: *pierda cuidado, señor.*

Nos volvimos ya para el centro satisfechos de nuestro arreglo y comenzamos á recorrer la población; el Dr. Altamirano con su cámara en la mano fotografiando todo lo que le llamaba la atención; yendo y viniendo pasamos por la plaza y allí encontramos á las Sritas. María y Josefina, muy graciosas con sus vestidos de percal y sus rebozos graciosamente echados sobre el hombro, llevaban en la mano un sinnúmero de compras que habían hecho con el objeto de que no nos faltara nada en el camino.

Nos retiramos acompañándolas y fuimos á la botica del Sr. Espinosa, fino amigo de los Dres. Altamirano y Villada; allí nos proporcionó unas sillas fuera del mostrador y estuvimos charlando un rato hasta que llegó la hora de comer.

El Sr. Espinosa se portó perfectamente con nosotros, pues por su conducto conseguimos seis de los caballos que necesitábamos y una mula de carga.

Poco á poco nos fuimos acercando á la fonda que está situada en una de las esquinas de la plaza y que es la de mejor aspecto de todas las de la población; encontramos allí ya instalados á muchos de los compañeros, algunos de los cuales charlaban amigablemente con el dueño, que con finas maneras y atentos modales nos ofrecía servirnos con sólo que esperáramos algunos minutos. Deseosos como estábamos de tomar una buena sopa, no tuvimos inconveniente en esperar y nos entretuvimos observando los graciosos movimientos de una ardilla que tenían atada con una cadena á una puerta; el gracioso animalillo subía y bajaba y con ojos picarescos nos veía; uno de nosotros se acercó á darle un pedazo de pan é inmediatamente lo tomó y corrió á la parte superior de la puerta, donde cómodamente sentada en sus patas traseras, comenzó á comérselo esponjando cada vez más su hermosa cola como para dar muestras de júbilo; pero el entretenimiento pasaba y la sopa no llegaba, y lo que era peor, el dueño no cesaba de platicar sin dar señales de apuración; algunos de los compañeros comenzaban á impacientarse. En una de las mesas estaba el Dr. Govantes acompañado del *Mayor*, y al notar la impaciencia de los compañeros, destapó una botella de coñac y nos invitó á que tomáramos un trago; todos los presentes aceptamos gustosos y esto vino á moderar un poco los ímpetus de impaciencia, tanto más, cuanto que en esos momentos entraban también en busca de alimentos los Sres. Schwenghagen y García, que se instalaron en una mesa; pero no bien se habían sentado, cuando vimos al Sr. García levantarse de su asiento como empujado por un resorte y con los brazos dirigidos al mostrador, prorrumpir en esta exclamación: ¡Magnífico animal! Todos creímos por lo pronto que se refería á la ardilla, pero luego que nos fijamos en lo que llamaba su atención, no pudimos menos que echarnos á reír, pues era un pequeño burrito hecho con sompantle, que servía de adorno al

aparador mal provisto donde el dueño de la fonda ostentaba su exigua bajilla. En efecto, el tal animal no carecía de chiste, lo que hizo que el Sr. García, al verlo, pensara inmediatamente que podría gustarle á sus niños tener un juguete por el estilo; pues seguramente en aquellos momentos, en medio de las distracciones que nos rodeaban y estando muy lejos de nuestro hogar, consagraba el Sr. García, como padre amoroso, algunos recuerdos á sus tiernos vástagos.

Pero todo pasaba y el tiempo también y no obstante la sopa no llegaba, la impaciencia seguía en creciente y aun algunos comenzaron á retirarse, lo que visto por el dueño lo sacó de su apacible indolencia y entonces dispuso que comenzaran á servirnos algo; pero cuál sería nuestro desaliento cuando vimos que como primer platillo nos servían una revanda de mortadela; nosotros que esperábamos una sopa caliente que tonificara nuestro estómago, no pudimos soportar semejante comida y nos salimos á buscar donde comer mejor y en último caso resueltos á comer de las latas de que nosotros íbamos provistos, pues para comer mortadela, podríamos encontrar en nuestras provisiones cosa mejor.

Al salir encontramos al Dr. Altamirano que con las dos señoritas se dirigía á la fonda; pero tan luego como supo lo que pasaba, se desvió del camino y nos fuimos á la plaza á buscar donde pudieran darnos de comer. Entramos á tres ó cuatro jacaes provistos al exterior con letreros de fonda, y aun creo que en uno de ellos decía con no muy buena ortografía: *Restaurant*, pero no obstante no había qué comer, hasta que por fin la suerte nos deparó un figoncillo donde nos ofrecían caldo y otras lindezas por el estilo; no vacilamos, nos metimos de rondón y nos instalamos sobre unos bancos formados por vigas no muy derechas, al rededor de una mesa que le faltaba mucho para ser horizontal. Comimos allí el Dr. Altamirano, las Sritas. María y Josefina, los Sres. Tenorio, Herrera y el que esto escribe; muy sabrosa estuvo la comida y durante toda ella sostuvimos agradable conversación, hasta la una de la tarde que nos levantamos

y nos dirigimos á la estación para disponernos á la marcha. Cuando llegamos ya estaban allí algunos de los caballos, y la mayor parte de los compañeros afanados en preparar sus maletas; poco tiempo se necesitó para que cada cual tomara su caballo y lo arreglara convenientemente.

#### De Jojutla á San Gabriel.

(A caballo, 24 km., cuatro horas y media de camino.)

Eran las tres de la tarde cuando todos estábamos montados y dispuestos á partir; dispuso entonces el Dr. Altamirano que todos se formaran y que se pasara lista para saber no sólo si estábamos completos, sino cuántos íbamos por total; á la voz de mando quedaron todos formados. Luego salimos de entre las filas con un libro en la mano y comenzamos á llamar á cada uno por su nombre, respondiéndonos éstos á su vez. Componíamos la caravana todos los excursionistas y mozos que dejamos dicho en otra parte, más cuatro individuos que iban encargados de las bestias; por total 33 caballos y tres mulas de carga. Apenas se escuchó el último *presente* y que nosotros dijimos estamos completos, el Dr. Altamirano dió la orden de marcha.

Con qué alegría emprendimos el camino, todos íbamos risueños y contentos, todos alegres y no faltó alguno que simulando las voces de las cornetas entonara algún toque militar; tuvimos que atravesar algunas de las calles de la población, y como íbamos en tropel y armando gran boruca, la mayor parte de las gentes salían á las puertas de sus casas para vernos pasar y nosotros muy ufanos seguíamos adelante sin preocuparnos por nadie y sintiendo cierta satisfacción cuando creíamos que aquellas gentes adivinaban que íbamos á Cacahuamilpa. Bien pronto dejamos las últimas casas y nos encontramos en el camino que serpenteando por extensos lomeríos conduce á la laguna de Tequesquitongo, punto á donde llegamos después de